

ciudad penetrada de admiracion por su celo, de sentimiento por su ausencia, y mas aún del deseo de que el Cielo los preservase de los males á que iban á esponerse. Llegaron bien pronto al castillo de Sales, que se encontraba en el camino, y allí Francisco tuvo que sostener un nuevo combate con su padre. El venerable anciano le prohibió en términos severos la entrada en el Chablais. «¿No vés, le dijo, qué comprometes tu vida, y que si es preciso volver despues de varios años sin haber hecho nada, serás el ludibrio de todo el mundo? Tienes celo, hijo mio, pero te falta prudencia; no comprendes las dificultades de esta empresa, cuyo éxito es por lo menos incierto.» (1)

«Mi querido padre, le respondió el santo apóstol con la tranquilidad de la fe, Dios proveerá. Él es el que ayuda á los guerreros que envia al combate; á las órdenes de este gefe se debe arriesgar todo; no hay mas que tener valor. No tenemos que tratar con naciones bárbaras, ni somos desconocidos para estos pueblos; no vamos á devastar sus tierras, y no llevando en medio de ellos sino armas espirituales, ¿por qué han de emplear ellos otras contra nosotros? Tengo confianza en Dios, en cuyo nombre vamos, que dará fuerza á nuestras palabras para la predicacion de su Evangelio. ¿Qué sucederia si nos enviara á Inglaterra ó á las Indias? Ciertamente sería ne-

---

la religion católica, y á hacer conocer los errores del protestantismo. Gregorio XIII le encargó que enseñase en Roma la controversia, lo que hizo con tanto éxito, que se le llamó *el nuevo Agustin*. El Cardenal Duperron, cuando estaba en Roma, iba con frecuencia á consultarle, diciendo: «*Vamus ad magistrum*, recurramos al maestro;» y Guillermo Whitakes, ministro protestante, profesor de Teología en la universidad de *Cambridge*, decia de él que era el escritor mas profundo, mas docto y mas universal que la Iglesia romana ha tenido en estos últimos siglos. Clemente VIII le obligó á aceptar el capelo de Cardenal y el arzobispado de Capua. No debemos callar, sin embargo, que este grande hombre dejó á veces que desear con relacion á la crítica, y no siempre distinguia con bastante exactitud lo que pertenece al dogma católico de lo que es solo del dominio de la opinion. Murió en 1621, un año antes que San Francisco de Sales.

(1) Carlos Aug., p. 79.

«cesario ir allí; sería una mision que se debería desear; y la muerte que sufriéramos por Jesucristo valdria mas que mil triunfos. Por lo demás, vez aquí los papeles que atestiguan la voluntad del principe, la orden y la mision del Obispo: no hay ya nada que oponer á ello. La empresa es peligrosa, lo sé, y no me disimulo sus dificultades; pero la sotana que llevamos nos enseña que no es digno del honor del sacerdocio quien, en vista de los riesgos y de los peligros, deja de cumplir con los deberes que aquel impone.» (1)

El Señor de Boisy, que miraba las cosas menos como hombre de fe que como político y padre, preocupado por su ternura, no vió en este discurso mas que las proposiciones de un joven arrebatado por un celo inconsiderado; y cruzando los brazos y alzando los hombros en ademán compasivo: «No sé qué decirte, replicó, vé á donde quieras bajo la proteccion del Señor, pero si te sucede alguna cosa contraria, no puedes quejarte sino de ti mismo.» La escena concluyó así aquel dia, pero en los sucesivos renovó sus representaciones é instancias, sus ruegos y sus lágrimas. En medio de tantas contradicciones, los dos misioneros no se ocupaban sino en prepararse á su mision por medio de un fervoroso retiro.

El 12 de setiembre fue santificado por el ayuno, mortificaciones y oraciones continuas, prolongadas hasta la noche; el 13 hicieron una confesion general, «á fin, decian, de ir con la mayor humildad y pureza posible á combatir el orgullo y la obstinacion de los herejes.» En la noche de este mismo dia, Francisco se despidió de su virtuosa madre, cuya conducta en esta circunstancia fue verdaderamente admirable. Sin duda su corazon fue desgarrado por el pensamiento de los peligros que iba á correr su hijo; madre tierna, derramó muchas lágrimas, pero heroína cristiana, hizo generosamente el sacrificio que

---

(1) Carlos Aug., p. 79.

Dios le pedia, y no dijo á su hijo una palabra que pudiera apartarle de su noble proyecto (1).

El jóven apóstol, despues de esta penosa despedida, se retiró con su primo á la capilla del castillo, donde pasaron una parte de la noche en oracion, y al dia siguiente, fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz, con el alma abrasada en el deseo de ir á plantarla en los corazones y sobre la tierra del Chablais, partieron muy temprano á pié, sin criados, y sin otros recursos que una muy módica suma de dinero; porque el Señor de Boisy, disgustado del mal éxito de sus instancias, despues de haber rehusado despedirse de su hijo, habia prohibido espresamente que nadie los acompañara y que le dieran cualquier cosa que pudiera serles necesaria para su viaje: tal vez esperaba, dejándolos completamente desprovistos, que desistieran de su empresa; porque aunque la mision se hizo á peticion del Duque de Saboya, este príncipe no habia asignado nada para satisfacer sus gastos, los cuales desde entonces recaian por entero sobre los misioneros (2). El Señor de Boisy se engañó grandemente, y los dos apóstoles, continuando su camino con la confianza en Dios por toda riqueza y la fe por defensa, llegaron al cabo de algunas horas de marcha á la entrada del Chablais. Francisco conocía ya un poco el pais, porque durante el tiempo de sus estudios en el colegio de Annecy, iba todos los años á pasar las vacaciones al castillo de Brens, donde su padre, como hemos visto ya, obligado á dejar el castillo de Sales, se habia fijado por algun tiempo: como si la Providencia, nota el canónigo Hauteville (3), hubiera querido que Francisco de Sales fuese en su tierna juventud á reconocer los lugares que debian ser un dia el campo de sus batallas, la materia de sus conquistas y el mas glorioso objeto de sus victorias.

Al poner el pie en el suelo del Chablais, Francisco de

(1) Hauteville, p. 195 y 253.

(2) *Casa de Sales*, p. 195 y 253.

(3) *Idem*, p. 245.

Sales y su primo Luis, llenos de los grandes sentimientos que inspira la fe en los corazones apostólicos, no esperando sino del cielo el éxito de su mision, empezaron por saludar al angel tutelar de la provincia, y recomendarle con instancia la grande obra que iban á emprender; luego, dirigiéndose á Dios, le pidieron con fervorosas oraciones, lanzase de aquella tierra á los demonios que tenian á las almas en la ceguedad de la herejía, y bendijera los trabajos á que iban á consagrarse. Continuando luego su camino, llegaron casi de noche al pie de la colina en cuya cima está edificada la ciudadela de Allinges (1).

El Duque de Saboya habia hecho comandante de esta plaza importante, que dominaba todo el Chablais, al Baron de Hermance, con una fuerte guarnicion de soldados católicos á sus órdenes; y como este oficial superior tenia el gobierno de toda la provincia, era á él á quien nuestros dos misioneros debian entregar sus cartas credenciales. Subieron, pues, á la fortaleza, y pidieron hablar al Gobernador de parte del Duque de Saboya. Al punto que fué informado el Baron, fue á buscarlos hasta el primer cuerpo de guardia, donde se habian detenido, y apenas habian dicho su nombre y el objeto de su viaje, cuando les demostró el mas vivo interés, y su alegría porque iban á someter por el dulce imperio de la palabra á los pueblos rebeldes de aquellos paises, y porque los dos pertenecian á la casa de Sales, de la que era amigo. Francisco le entregó dos cartas, una del Duque de Saboya, que le ordenaba acoger favorablemente y tomar bajo su proteccion á los misioneros que le enviaria el Obispo de Ginebra para trabajar en la conversion del Chablais; la otra del Obispo que designaba para esta mision á Francisco y á Luis de Sales, recomendándoselos con instancia. Estas cartas aumentaron las atenciones del Gobernador para los dos misioneros. Habló algunos instantes con ellos, los recibió

(1) Carlos Aug., p. 80.

á su mesa, y sin detenerlos mas tiempo, quiso que fueran á descansar de las fatigas del viaje.

Al dia siguiente, despues de la Misa que celebraron y se ayudaron mutuamente en la capilla del castillo, les hizo visitar la fortaleza; y al pasar delante de las baterías: «Hé aquí, le dijo, unas piezas de que no tendremos necesidad si, por la gracia de Dios, los herejes de estos valles que teneis á la vista prestan oido á vuestros discursos.» Cuando llegaron al terrado, quiso hacerles notar el hermoso punto de vista que se gozaba desde allí; pero otro espectáculo ocupaba los pensamientos de Francisco. Desde este lugar eminente, que domina la mayor parte de la vasta llanura del Chablais, se veian iglesias derribadas, rectorías en ruina, en los caminos horcas en vez de cruces, castillos quemados, restos informes de torres; por todas partes la desolacion y la devastacion (1), indicio de la de las almas, aún mas lamentable, porque sobre setenta parroquias, que contenian cerca de treinta mil personas, no se encontraban ni cien católicos. A vista de este espectáculo, el santo apóstol no pudo contener sus lágrimas, y con los codos apoyados sobre el parapeto del baluarte y las manos cruzadas sobre el pecho, exhaló su dolor con el tierno lenguaje de los profetas. «Hé ahí, dijo tomando las palabras de Isaías (2), he ahí cómo el Señor ha arrancado la cerca de su viña y derribado el muro que la protegía. Vedla desierta, desarraigada y hollada. Esta tierra en otro tiempo tan hermosa, ha sido assolada por sus mismos habitantes, porque han violado la ley de Dios, alterado sus mandamientos y roto su alianza (3). Los caminos de Sion lloran, añadió suspirando con Jeremías (4), porque no hay quien venga á sus solemnidades. El enemigo ha puesto la mano sobre todo lo que tenia de mas precioso;

(1) Carta XLIX, p. 188.

(2) Isai., c. V, v. 5 y 8.

(3) Id., c. XXIV, v. 5 y 6.

(4) Thren., c. 1, v. 4 y 10; c. 11, v. 9 y 13; c. IV, v. 1.

»la ley y los profetas han desaparecido; las piedras del santuario han sido dispersadas..... O Jerusalen! O Chablais! O Ginebra! conviértete al Señor tu Dios, y que tu contricion sea grande como el mar.»

Volviéndose en seguida hácia su primo Luis: «Esperemos, dice, en la bondad del Señor, y fortifiquémonos en su fortaleza, para que, como pobres siervos, podamos reunir las piedras diseminadas de su santuario y reedificar sus altares.» Despues de varias hermosas frases semejantes á estas, que respiraban el fuego del mas ardiente celo, conferenció con el Baron de Hermance sobre la marcha que deberia seguir para el mejor éxito de la mision. El Baron, hombre de virtud, de esperiencia y de una consumada prudencia, prometió ayudarlos con todo su poder, pero al mismo tiempo les recomendó obraran con gran circunspeccion. «Dos cosas son necesarias al principio, le dijo: la primera, que paseis las noches en la fortaleza, pues no estaríais seguros en otra parte; la segunda que os abstengais de celebrar la Misa en un lugar hereje, pues habria mucho peligro en hacerlo. Soy de parecer que al principio os limiteis á ir á predicar á Thonon, y que, cuando no podais decir la Misa en la fortaleza, vayais á decirla mas allá de la rivera del Drance, á la iglesia de Harin, que ha conservado siempre el culto católico, ó en la capilla que los hospitalarios del Gran San Bernardo tienen á las orillas del lago, que sería fácil atravesar.» (1)

Los misioneros siguieron este consejo; tomaron alojamiento en la ciudadela, y desde el dia siguiente partieron á pié para Thonon, que estaba á 6 kilómetros de distancia. Llegados á esta ciudad se dirigieron á casa del procurador fiscal, Claudio Marin, buen católico, con cuya virtud y prudencia podian contar. Informados por él que no habia en Thonon mas que siete familias católicas, resultando entre todas catorce ó quince personas, la mayor

(1) Carlos Aug., p. 82.

parte extranjeros establecidos en esta ciudad por su comercio, y á los que el temor de los herejes impedía declararse francamente (1), al punto los enviaron á buscar. Cuando estuvieron todos reunidos, Francisco, despues de haberles anunciado que venia á esta ciudad para ser su pastor, y que procuraria llenar lo mejor posible todos sus deberes, les representó con viveza la obligacion que les imponia el Evangelio de no avergonzarse de su fe, puesto que Jesucristo no reconocerá por sus discípulos ante su Padre, sino á los que le hayan reconocido por Maestro delante de los hombres; y concluyó advirtiéndoles que en adelante los reuniria en San Hipólito, iglesia declarada comun á los sacerdotes católicos para instruir allí á los fieles, y á los protestantes, y celebrar el Oficio divino. Este primer discurso hizo impresion en aquel pequeño rebaño, y todos se mostraron dispuestos á concurrir á las predicaciones del apóstol, sin respetos humanos.

Los misioneros, despues de haber visitado á los síndicos de la ciudad, y de haberles presentado las órdenes del príncipe, regresaron por la noche á dormir á Allinges; volvieron á Thonon el dia siguiente, y continuaron así los demás dias, conforme al consejo que les habia dado el Barón de Hermance, predicando con un celo apostólico en público y en particular, y demostrando con las Escrituras que no se tiene el derecho de predicar ni de ser escuchado, si no se ha recibido de la autoridad legítima la mision de anunciar la palabra de Dios, y probando con hechos, que los ministros de Calvino no habian recibido ninguna mision, ni ordinaria ni extraordinaria, y que solo la Iglesia romana tenia el poder de enviar los predicadores que se deben oír, bajo pena de ser ante Dios como paganos y publicanos (2).

De Thonon se estendian á los pueblos de los alrededores, caminando siempre á pié, con un baston en la mano,

(1) Dep. de Bellegorde.

(2) Carlos Aug., p. 73.

y predicando tres ó cuatro veces al dia, sin éxito, pero sin desaliento. Dios solo era su confianza, y sabian que en el momento señalado por su Providencia, sus trabajos recibirian la bendicion que por sí sola podia hacerlos fecundos (1).

Los ministros herejes no pudieron ver sin una profunda indignacion á nuestros dos misioneros, trabajar en restablecer la religion católica sobre las ruinas del calvinismo; y en su furor, pusieron todo en juego para desacreditarlos, presentándolos al pueblo como perturbadores de la tranquilidad pública, como seductores hipócritas, falsos profetas, hechiceros y mágicos, con los cuales ninguna persona honrada podia tener relaciones sin deshonorarse. Tantas injurias y calumnias produjeron su efecto; los hombres de Dios no pudieron durante largo tiempo hacerse escuchar de ningun protestante, y se vieron reducidos á exhortar y alentar el pequeño número de católicos que se encontraban en Thonon (2).

Sin embargo, esto no era sino los principios de los clamores y amenazas: los ministros de Ginebra, informados de lo que pasaba en Thonon, se reunieron, y las conclusiones de su deliberacion, al menos si se ha de dar crédito al rumor público de entonces, fueron que el Duque de Saboya habia enviado á aquellos misioneros violando los derechos de los habitantes del Chablais, é infringiendo las condiciones del tratado de paz, y que se debia lanzar á latigazos á aquellos papistas, á los que era permitido quitarles la vida de cualquier modo que fuese; y aun se pretende que algunos se comprometieron con juramento á hacerlos perecer.

Todos estos rumores, cuya autenticidad sin embargo no garantizamos, llegados á oídos de Francisco, no le inspiraron ni temor ni inquietud; permaneció tranquilo, diciendo con firmeza á su compañero: «Ahora es, primo mio,

(1) Dep. de Francisco Favre.

(2) Carlos Aug., p. 82.

«cuando necesitamos tener valor, y si no teneis miedo, »triunfaremos.» Y cuando se le mostraba estrañeza por la rabia de los ministros: «Poneos en su lugar, decia; el que »os quita el pan de la boca, ¿no os hará gritar si teneis hambre? Es muy natural que declaren la guerra á mi ministerio, que los ha de reducir á la mendicidad si tiene feliz »éxito. Roguemos á Dios por ellos, démosles motivo de »guitar bien alto, y digamos como el emperador Tiberio: »Mientras no pasen contra nosotros de la palabra á la acción, estemos contentos (1).» *Satis est nobis si tantum »dicant.*»

El Señor de Boisy estaba muy lejos de tener la tranquilidad de su hijo. Desde el 17 de setiembre habia sabido lo ocurrido en Ginebra, los gritos de muerte que habian resonado contra los dos misioneros, y los juramentos que habian hecho de esterminarlos. El 18 de setiembre muy temprano despachó á Jorge Rolando con un caballo, para traerle á su querido hijo; pero el Prepósito, inalterable en sus designios, se limitó á enviar á su primo Luis para que procurase calmar un poco las inquietudes de su padre, y continuó su mision solo, sin compañero, sin criado, sin recursos, en completo aislamiento, lo que aumentó su esperanza, por la ausencia misma de los medios humanos, sintiendo un consuelo inefable en no tener mas que á Dios por apoyo y por defensa su brazo omnipotente, como contaba él mismo despues á santa Juana Francisca de Chantal. El Señor de Boisy como es facil comprender no se tranquilizó con lo que le dijo Luis de Sales, y en el colmo de su disgusto, persistió en rehusar sus auxilios para la mision de su hijo. Pero mas valerosa, y madre verdaderamente digna de un apóstol, la Señora de Boisy prometió el suyo. En efecto, fiel agente de la Providencia para con su querido hijo, le ayudó constantemente con todos los medios que estaban á su alcance, enviándole secretamente, por

(1) Longueterre, p. 158.—De Gambis, p. 152.

un criado fiel, dinero, ropa, vestidos y todo lo que necesitaba (1). El santo apóstol tenia gusto en referir esto en sus últimos años: «Cuando predicaba la fe en el Chablais, decia un dia á una superiora de la Visitacion, tuve varias »veces grandes deseos de saber hacer algunas cosas, á fin »de imitar en eso á San Pablo, manteniéndome del trabajo »de mis manos, pero soy tan torpe que no sé hacer nada, »sino es remendar un poco mis hábitos; es cierto, sin embargo, que no he sido gravoso á nadie en el Chablais; »cuando yo no tenia nada, mi buena madre me enviaba »secretamente desde Sales ropa y dinero (2).»

La Señora de Boisy hizo mas aún; por una atencion delicada, y comprendiendo que hay ciertas alegrías del corazon que sostienen y alientan, encontró medios de sorprender la vigilancia de su marido, y enviar hasta tres veces á su hermano Luis para que visitara al santo apóstol, lo que fué para ambos un inmenso consuelo. Por fin, algunos meses mas tarde, aprovechando habilmente uno de esos momentos en que el Señor de Boisy estaba mas vivamente afectado por los peligros á que su hijo se habia espuesto, le representó cuán necesario le sería, en medio de tantos peligros y viajes, un criado fiel como Jorge Rolando, y cuán infructuoso era por otro lado no enviárselo, puesto que su hijo no por eso desistiría de la empresa comenzada. El Señor de Boisy, cediendo á tan justas representaciones, hizo partir á Rolando, aquel hombre modelo de fidelidad, que desde esta época siguió por todas partes al apóstol, como el testigo destinado por la Providencia para recoger y transmitir á la edificacion pública los detalles de esta sublime mision.

Entretanto el canónigo Luis, que no habia esperado á todas estas manifestaciones de la bondad maternal, despues de algunos dias de permanencia en el castillo de Sales, habia vuelto prontamente á reanudar sus trabajos. Tenia gusto en tomar para sí á los pobres del campo; con

(1) *Casa de Sales*, p. 195.

(2) Dep. de la Madre Chaugy.

frecuencia se separaba de su primo todo el día, y aun semanas enteras, para ir á evangelizarlos. En cuanto al santo apóstol, sus principales esfuerzos se concentraban en Thonon; pues allí tenía la herejía su asiento, su plaza fuerte, que importaba arrebatárle. Por eso no dejaba pasar un día sin ir á esta ciudad por la mañana y volver á la noche. Ni la lluvia, ni la nieve, ni los hielos, ni los vientos mas terribles podían detenerle. El frío, que en el invierno de aquel año fué extraordinariamente riguroso, le ponía con frecuencia á punto de temerse por su vida; sin embargo, él seguía yendo como si nada hubiese sufrido.

Cuando las heladas hacían los caminos impracticables, se mandaba poner clavos en los zapatos; y cuando, á pesar de eso, no podía andar, se ayudaba con las manos y las rodillas. La sangre corría de sus pies abiertos por los sañañones, enrojeciendo la nieve por donde pasaba, mas no por eso interrumpía sus apostólicas escursiones. No esperaba, sin embargo, por entonces gran resultado de sus viajes; sabía demasiado cuán prevenida se hallaba esta ciudad contra lo que ella llamaba el papismo, pues creía que era necesario mostrarles el sacerdote católico como un hombre de valor, de paciencia y de celo, hacerle amar á fuerza de bondad y dulzura la religión y sus ministros, y trabajar, en fin, sin descanso los espíritus y los corazones para prepararlos á recibir la verdad, y sobre todo asegurar á los católicos en el bien. Casi todos los días distribuía á estos la divina palabra, y los domingos y fiestas que no podía, se hacía reemplazar por algunos buenos sacerdotes que conocía, no queriendo que faltase la instrucción un solo día al pequeño rebaño de que era pastor.

Además de los cuidados que consagraba á Thonon, Francisco hacía á veces escursiones por los lugares circunvecinos, caminando siempre á pié, sin otra provision que su Biblia, su Breviario y su rosario, y al mismo tiempo ayunando con tanta austeridad durante el Adviento de aquel año, 1594, que el Obispo se vió obligado á intervenir para ordenarle la moderacion. Un día (era el 12 de di-

ciembre) volviendo de una escursion de este género, fué sorprendido por la noche en un bosque, donde los lobos corrían á manadas sobre la nieve de que estaba cubierta la tierra. ¿Cómo escapar de estos animales carnívoros, que acosados por el hambre, buscaban por todas partes una presa? No encontró otro medio que subir á un árbol para pasar allí la noche, y atarse por la cintura á una de sus ramas, para no caer si el sueño le sorprendía. Lo hizo así en efecto, pero habiendo sido la noche muy rigurosa, quedó de tal modo transido de frío, que al día siguiente, incapaz de moverse y casi sin sentido, parecía mas muerto que vivo; y hubiera quizás perecido así, si unos aldeanos que habían ido muy temprano á la selva, encontrándole en tan triste estado, llenos de compasion, á pesar de ser herejes, no le hubiesen llevado á su casa, calentándole dulcemente, y prodigándole todos los cuidados que pudieron imaginar. En reconocimiento de estos buenos oficios, les predicó la necesidad de volver á la verdadera Iglesia para salvarse. Aquella honrada gente le escuchó con docilidad, movida del celo con que se esponía á tantos peligros, y si no se convirtió entonces, al menos esta predicacion, depositada en almas tan rectas, fué un germen que dió mas tarde felices frutos.

El peligro de que acababa de escapar Francisco, no fué sino el preludio de otros aún mas graves. El 8 de enero, época en que su fiel Rolando había ido á unírsele para no separarse ya mas de él, un protestante, que despues abrazó la verdadera fe, pero que entonces, llevando el celo de su secta hasta el fanatismo, había prometido matarle y presentar su cabeza en Ginebra ó en Berna, se apostó sucesivamente en tres lugares á propósito para la ejecucion de su designio, pero siempre el tiro le falló, á pesar de la excelente calidad del arma, y de las demas precauciones tomadas para no errar el golpe. Desesperado por no haber conseguido su intento, colocó asesinos en diversos lugares por donde el apóstol debía pasar, para que si escapaba de los unos cayese en manos de los otros; pero sea que Dios